

DOMINGO XVII DEL T. ORDINARIO /B

¿Qué es esto para tantos?

Jn 6, 1-15

En aquel tiempo, Jesús se marchó a la otra parte del lago de Galilea (o de Tiberíades). Lo seguía mucha gente, porque habían visto los signos que hacía con los enfermos.

Subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos.

Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. Jesús entonces levantó los ojos, y al ver que acudía mucha gente, dice a Felipe:

- ¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?

Lo decía para tantearlo, pues bien sabía él lo que iba a hacer.

Felipe le contestó:

- Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo.

Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dice:

- Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y un par de peces; pero, ¿qué es eso para tantos?

Jesús dijo:

- Decid a la gente que se siente en el suelo.

Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron; sólo los hombres eran unos cinco mil.

Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados, y lo mismo todo lo que quisieron del pescado.

Cuando se saciaron, dice a sus discípulos:

- Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se desperdicie.

Los recogieron y llenaron doce canastas con los pedazos de los cinco panes de cebada, que sobraron a los que habían comido. La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía:

- Éste sí que es el Profeta que tenía que venir al mundo.

Jesús, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña él solo.

OTRA SOLUCION

La rica teología del relato de la multiplicación de los panes puede tener una resonancia muy particular para estos tiempos de crisis, agotamiento de recursos energéticos, escasez de trabajo, miseria creciente de los pueblos subdesarrollados.

¿Cómo resolver el problema de la subsistencia de hombres y pueblos enfrentados a una situación de escasez y falta de bienes necesarios para una vida digna?

El relato evangélico propone una primera solución insuficiente e inviable. No bastarían doscientos denarios para comprar un pedazo de pan para cada uno.

La solución no está en el dinero. Los hombres y mujeres sumidos en la necesidad no pueden «comprar pan». Por otra parte, «comprar pan» significa que hay hombres y pueblos que disponen de alimentos en abundancia pero que no los ceden si no es imponiendo un precio y unas condiciones que aumentan su poder sobre los necesitados.

Jesús orienta a sus discípulos hacia una solución distinta que no cree nuevas dependencias de opresión y explotación. Una solución enormemente sencilla y que consiste en compartir con los necesitados lo que tenemos cada uno, aunque sea tan poco y

desproporcionado con la magnitud del problema como los cinco panes y el par de peces de aquel muchacho.

Pero no hemos de olvidar algo que el relato quiere subrayar. Jesús, antes de comenzar a repartirlos, pronuncia la acción de gracias al Padre. Sólo cuando reconocemos que nuestros bienes son regalo del Padre a la humanidad, podemos ponerlos al servicio de los hermanos. Al restituir a Dios con su acción de gracias los bienes de la tierra, Jesús los orienta hacia su verdadero destino que es la comunidad de todos los hombres y mujeres.

No es posible reconocer sinceramente a Dios como Padre de los hombres y fuente de todos nuestros bienes y seguir acaparándolos egoístamente, desentendiéndonos de los pueblos hambrientos y de los hombres sumidos en la miseria.

Los bienes de la tierra no han de servir para acrecentar nuestra discordia y mutua explotación sino para crear mayor fraternidad y comunión.

La vida no se nos ha dado para hacer dinero sino para hacernos hermanos. La vida consiste en aprender a convivir y a colaborar en la larga marcha de los hombres hacia la fraternidad.

RESPONSABLES Y SOLIDARIOS

La exégesis contemporánea descubre en el relato de la multiplicación de los panes un texto muy trabajado teológicamente en el que es fácil detectar diversas llamadas para entender a Cristo como fuente de vida, para comprender mejor la cena eucarística o para vivir de manera más responsable la solidaridad con los necesitados. ¿Cómo leer hoy este relato en el horizonte de ese tercio de la Humanidad que muere de hambre y de miseria?

El relato habla de una muchedumbre necesitada de alimento, en medio de un desierto donde no es posible satisfacer el hambre. Los discípulos presentan «cinco panes y dos peces», símbolo expresivo de la penuria y escasez en aquel grupo que podría, sin embargo, alimentarse en las aldeas cercanas. Así viven hoy millones de seres humanos junto a países ricos donde hay medios suficientes para alimentar a toda la Humanidad.

¿Qué hacer ante esta situación? El relato rechaza el fatalismo o las respuestas fáciles nacidas de la insolidaridad. Los discípulos piensan enseguida en la solución menos comprometida para ellos: «que vayan a las aldeas y se compren de comer», es decir, que cada uno resuelva sus problemas con sus propios medios. Jesús, por el contrario, los llama a la responsabilidad: «Dadles vosotros de comer», no los dejéis abandonados a su suerte.

Más tarde, Jesús «levanta los ojos al cielo» para recordar a todos a ese Dios Padre del que proviene la vida y todo lo que la alimenta. La vida es un don de Dios y no podemos «levantar nuestros ojos» hacia Él si privamos a alguien de lo que necesita para vivir. El pan que comemos es verdaderamente humano cuando es compartido entre todos los hijos de Dios.

El relato culmina con un gesto que llama a la solidaridad responsable. Los discípulos cambian de actitud y ponen a disposición de Jesús todo lo que hay entre ellos. Jesús,

por su parte, bendice al Padre y pone toda su fuerza al servicio de aquella muchedumbre hambrienta. Todos quedan saciados.

El «milagro» es signo del mundo querido por Dios: un mundo fraterno y solidario donde todos compartan dignamente la vida que reciben de Dios. El relato de Juan insinúa que es en la cena eucarística donde los creyentes han de alimentar su conciencia fraterna y su responsabilidad.

COMPARTIR EL PAN

Ningún evangelista ha subrayado tanto como Juan el carácter eucarístico de la «multiplicación de los panes». El relato evoca claramente la celebración eucarística de las primeras comunidades.

Para los primeros creyentes, la Eucaristía no era sólo el recuerdo de la muerte y resurrección del Señor. Era, al mismo tiempo, una «vivencia anticipada de la fraternidad del reino».

Durante muchos años, hemos insistido tanto en la dimensión sacrificial de la Eucaristía que «el santo sacrificio de la misa» nos puede hacer olvidar otros aspectos no menos importantes de la cena del Señor.

Quizás hoy tengamos que recuperar con más fuerza la Eucaristía como signo y vivencia de la comunión y la fraternidad que debemos buscar entre nosotros y que no alcanzará su verdadera plenitud sino en la consumación del reino.

La Eucaristía tendría que ser para los creyentes una invitación constante a crear fraternidad y a vivir compartiendo lo nuestro, aunque sea poco, aunque no sea más que los «cinco panes y los dos peces» que poseamos.

La Eucaristía nos obliga a preguntarnos qué relaciones existen entre aquellos que la celebramos. Como «signo de comunión fraterna», la Eucaristía se convierte en burla cuando en ella participamos todos, creadores de injusticias y víctimas de los abusos, los que se aprovechan de los demás y los marginados, sin que la celebración parezca cuestionar seriamente a nadie.

A veces, nos preocupamos de si el celebrante ha pronunciado las palabras prescritas en el ritual. Hacemos problema de si hay que comulgar en la boca o en la mano. Y mientras tanto, a pocos parece preocupar la celebración de una Eucaristía que no es signo de verdadera fraternidad ni impulso para buscarla.

Y, sin embargo, hay algo que aparece claro en la tradición de la Iglesia. «Cuando falta la fraternidad, sobra la Eucaristía» (L. González-Carvajal). Cuando no hay justicia, cuando no se vive en solidaridad, cuando no se lucha por cambiar las cosas, cuando no se ve esfuerzo por compartir los problemas de los abandonados, la celebración eucarística queda vacía de sentido.

Con esto no se quiere decir que sólo cuando se viva entre nosotros una fraternidad verdadera podremos celebrar la Eucaristía. La cena del Señor es sacramento del reino. No es todavía el reino mismo.

No tenemos que esperar a que desaparezca la última injusticia para poder celebrar nuestras Eucaristías. Pero tampoco podemos seguir celebrándolas sin que nos impulsen a comprometernos en la lucha contra toda injusticia.

El pan de la Eucaristía nos alimenta para el amor y no para el egoísmo. Nos impulsa a ir creando una mayor comunicación y solidaridad, y no un mundo en el que nos desentendamos unos de otros.

17. Tiempo ordinario (B) Juan 6,1-15

NUESTRO GRAN PECADO

*JOSÉ ANTONIO PAGOLA
SAN SEBASTIÁN.*

El episodio de la multiplicación de los panes gozó de gran popularidad entre los seguidores de Jesús. Todos los evangelistas lo recuerdan. Seguramente, les conmovía pensar que aquel hombre de Dios se había preocupado de alimentar a una muchedumbre que se había quedado sin lo necesario para comer.

Según la versión de Juan, el primero que piensa en el hambre de aquel gentío que ha acudido a escucharlo es Jesús. Esta gente necesita comer; hay que hacer algo por ellos. Así era Jesús. Vivía pensando en las necesidades básicas del ser humano.

Felipe le hace ver que no tienen dinero. Entre los discípulos, todos son pobres: no pueden comprar pan para tantos. Jesús lo sabe. Los que tienen dinero no resolverán nunca el problema del hambre en el mundo. Se necesita algo más que dinero.

Jesús les va a ayudar a vislumbrar un camino diferente. Antes que nada, es necesario que nadie acapare lo suyo para sí mismo si hay otros que pasan hambre. Sus discípulos tendrán que aprender a poner a disposición de los hambrientos lo que tengan, aunque sólo sea «cinco panes de cebada y un par de peces».

La actitud de Jesús es la más sencilla y humana que podemos imaginar. Pero, ¿quién nos va enseñar a nosotros a compartir, si solo sabemos comprar? ¿quién nos va a liberar de nuestra indiferencia ante los que mueren de hambre? ¿hay algo que nos pueda hacer más humanos? ¿se producirá algún día ese "milagro" de la solidaridad real entre todos?

Jesús piensa en Dios. No es posible creer en él como Padre de todos, y vivir dejando que sus hijos e hijas mueran de hambre. Por eso, toma los alimentos que han recogido en el grupo, «levanta los ojos al cielo y dice la acción de gracias». La Tierra y todo lo que nos alimenta lo hemos recibido de Dios. Es regalo del Padre destinado a todos sus hijos e hijas. Si vivimos privando a otros de lo que necesitan para vivir es que lo hemos olvidado. Es nuestro gran pecado aunque casi nunca lo confesemos.

Al compartir el pan de la eucaristía, los primeros cristianos se sentían alimentados por Cristo resucitado, pero, al mismo tiempo, recordaban el gesto de Jesús y compartían sus bienes con los más necesitados. Se sentían hermanos. No habían olvidado todavía el Espíritu de Jesús

Joan 6,1-15

Handik aldi batera, Galilea edo Tiberiades aintziraz* bestaldera joan zen Jesus. Eta jendetza handia zihoakion atzetik, gaixoak sendatuz egiten zituen mirarizko seinaleak ikusten baitzituzten. Jesus mendira igo eta han eseri zen bere ikasleekin. Hurbil zen Pazkoa, juduen jai nagusia. Jesusek, jende asko zetorkiola ikusirik, esan zion Felipei: Non erosiko genuke ogia hauei jaten emateko?

Zirikatzeko esan zion hori, ongi baitzekien berak zer egin behar zuen.

Felipek erantzun zion: Berrehun denarioren ogia* ez litzateke nahikoa bakoitzak puska bat izateko.

Haren ikasleetako batek, Simon Pedroren anaia Andresek, esan zion: Bada hemen bost garagar-ogi eta bi arrain txiki dituen mutiko bat; baina zer da hori honenbesterentzat?

Jesusek jendea eserarazteko agindu zien ikasleei. Belar asko zegoen leku hartan, eta eseri egin ziren denak. Bost milaren bat gizonezko ziren. Jesusek ogiak hartu eta, esker onezko otoitza egin ondoren, banatu egin zituen eserita zeudenen artean; berdin arrainak ere, nahi adina. Eta ase zirenean, esan zien Jesusek ikasleei: “Bil itzazue hondarrak, ezer gal ez dadin”.

Bildu zituzten, bada, eta bost garagar-ogietatik jan zutenei gelditu zitzaizkien hondarrez hamabi saski bete zituzten. Jendeak, orduan, Jesusen mirarizko seinale hura ikusirik, honela zioen: “Hauxe da egiaz mundura etortzekoa zen profeta”.

Jesusek, ordea, errege egiteko indarrez eraman nahi zutela ikusirik, mendira alde egin zuen berriro berak bakarrik.

GURE BEKATU NAGUSIA

Jose Antonio Pagola

Ogiak ugaltzearen pasadizoak oso harrera ona izan zuen Jesusen jarraitzaileen artean. Ebanjelari guztiek gogorarazi digute. Segur aski, biziki erasan zien Jainkoaren gizon hura jendetza handi hura, jatekorik gabe gelditu zen hura, elikatzeaz arduratu izanak.

Joanek dakarrenaren arabera, Jesus bera izan da berari entzutera etorri den jendetza haren goseaz konturatu dena. Jendea gose da; zerbait egin beharra du harentzat. Horrelakoa da Jesus. Gizakiaren oinarritzko premiak gogoan dituela bizi da.

Felipek ohartarazi dio ezen ez dutela dirurik. Ikasleen artean, pobreak dira guztiak: ezin dute erosi horrenbeste jenderentzat. Jesusek badaki hori. Dirudunek ez dute konponduko sekula munduan gosearen arazoa. Dirua baino zerbait gehiago behar da horretarako.

Bide desberdin bat begiz jotzen lagunduko die Jesusek. Beste ezer baino lehen, beharrezkoa da inork berea beretzat ez hartzea, baldin eta beste batzuk goseak badira. Jesusen ikasleek ikasi beharra dute eskura dutena gose direnen esku jartzen, «bost garagar-ogi eta arrain-pare bat» bakarrik bada ere.

Imajina genezakeen gauzarik lauena eta gizabidezkoena da Jesusen jarrera. Baina, zeinek sartuko digu kaskoan partekatu beharra, erosten baizik ez dakigunoi? Zeinek askatuko gaitu goseak hiltzen ari direnen aurrean bizi dugun axolagabekeriatik? Ba ote da gizabidezkoago egin gaitzakeen ezer? Ikusiko ote dugu inoiz guztien arteko egiazko solidaritate horren «miraria»?

Jesusek Jainkoa du begi aurrean. Ezinezkoa du hura guztien Aitatzat hartuz harengan sinestea, haren seme-alabak goseak hiltzen utziz. Horregatik, taldeak bildu dituzten jatekoak hartu eta «begiak zerurantz jaso ditu eta eskerrak eman». Lurra bera eta janari guztia Jainkoagandik hartua dugu. Aitaren erregalua da guztia, baina haren seme-alaba guztientzakoa. Bizitzeko behar dutenaz gainerakoak gabetuz bizi bagara, esandako horretaz ahaztu garelako da. Horixe da gure bekatu nagusia, behin ere aitortuko ez dugun arren.

Eukaristiaren ogia partekatzean, Kristo berpiztuak janaritzen zituela uste zuten lehen kristauek; aldi berean, ordea, Jesusen keinua gogoan izaten zuten eta premia handiena zutenekin partekatzen zituzten beren ondasunak. Batak bestea haurride ikusten zuten. Artean, ez zuten baztertua Jesusen Espiritua.